

148 (16)
Julio-38

Sobre la Falange.

4.

Simpatía: un estado del alma, grato como pocos, que se abre de par en par, acogedora, al objeto que lo provoca; supuesto previo de toda labor de comprensión. "Eso" pasa con ciertas personas: por su sola presencia se despiertan en nosotros. Y también con ciertas ideas, y religiones, y doctrinas y tendencias. "Eso" me pasa, a mi, con el Movimiento de la Falange Nacional. Por "eso", cuando mi amigo Raúl Medina me honró solicitándome un artículo para el valiente periódico "Adelante", que con entusiasmo dirige, accedí gustoso, a pesar de ser mi posición política y doctrinaria muy diversa de la suya.

Pero, al decir yo que el movimiento falangista me inspira "simpatía", no vaya a entenderse que soy de él lo que suelen llamar en los partidos un "simpatizante", uno que está en las puertas y no sabe si entrar o devolverse, casi un "militante". ¡No! Hay veces en que hasta un rival nos es simpático, incluso en el amor; porque hasta entre rivales existe, casi siempre, algún lazo de unión.

¿Cuáles son -me preguntaréis- las causas de esa simpatía. Intentaré una respuesta.

Sumidos en las tinieblas de nuestra realidad social -lo social comprende, no sólo lo así llamado, estricto sensu, sino también lo político, lo económico y mucho más: todo lo que ocurre en el seno de una sociedad-, los hombres nuevos de la hora presente aparecen en Chile profundamente desorientados y desvinculados entre sí. Unos, hallándose impotentes para ver, caen en el suicidio de la indiferencia; otros prefieren marchar, como si realmente vieran, y cayendo a cada paso, se entregan a actitudes demagógicas, chabacaneras y vulgares; unos terceros -los menos- miran y tientan, tratando de encontrar el camino que los lleve a la luz, y sólo dos grupos de estructura más o menos robusta, creen sinceramente haberla ya encontrado, y ofrecen al anhelo común una cierta fórmula de realización: son la Falange Nacional y la Juventud Socialista. Ambos poseen un alma y un programa, y aun los que pensamos

de otro modo y busquemos otra fórmula distinta, debemos mirarlos con esperanza; son las únicas dos fuerzas juveniles organizadas y en sus manos puede estar el porvenir. Si así fuere, ojalá logren alcanzar la meta deseada; por que cuando se trata del bien de un Pueblo, no importa quien lo realice; lo esencial es conseguirlo.

Esto sólo basta para hacernos simpático el movimiento falangista, pero hay más.

La Juventud Conservadora, gestada en carne y sangre de derechas individualistas y reaccionarias, ha nacido animada por un amplio espíritu social y de renovación. La comprensión y la generosidad que manifiesta, contrastan mucho con la ceguera y el egoísmo de sus progenitores. Se dió cuenta, así, de la necesidad que existe de ir a la reforma integral de nuestro Estado -de sus instituciones y sus hombres- y comprendió que una reforma tal no se consigue mediante simples leyes, ni con cuartelazos, ni con dictaduras drásticas, ni con guerras entre clases, que sólo significan destrucción, sino que requiere de una régimen desolidaridad y de una larga preparación de los espíritus, de una profunda y nueva educación del elemento humano, cuya dignidad no debe ser tocada por ningún motivo. Opuso así, a la concepción materialista de la vida, otra, espiritual e idealista.

Estos son sus principales méritos. Pero no sería sincero si me limitara a alabar y no me deslizara un poco por la que a mi me parece vertiente peyorativa de la Falange.

Y es esa su concepción idealista que vengo de elogiar, la que engendra, a mi modesto juicio, su mayor escollo. Sus dirigentes han afirmado que se inspiran en las doctrinas de las Encíclicas Papales, y un estudio atento de esas doctrinas nos revela que su realización ha menester de un tipo de hombre que veinte siglos de Cristianismo no han logrado forjar y que por cierto es utópico conseguir en uno o menos. Hacer la reforma espiritual de un pueblo sin modificar previamente algunas de sus condiciones materiales, es tan difícil como pretender la sustitución del régimen material -la forma- sin alterar el espíritu. No es posible hacer reinar el amor y la solidaridad en un mundo en que una injusta distribución de los bienes está constantemente encendiendo los odios. Y para hacer variar esas condiciones materiales es necesaria, por parte del Estado, una acción y una coacción mucho más enérgicas

que las meramente supletorias aceptadas por los documentos pontificios. Es, se me dirá una cuestión de grado. Exactamente; pero fundamental. Todo tiene su medida, y hay veces en que de la medida depende el éxito. El menos, como el más, suelen ser perjudiciales.

Por otra parte, el movimiento falangista acerca, de manera peligrosa, la religión a la política. Detrás de él está la Iglesia, y en este sentido es excluyente: sólo para católicos. No pretendo negar su tolerancia; pero hay muchos cristianos para quienes sus puertas están cerradas.

Una sutilísima observación. Todo movimiento político, como todo hombre, nace en el seno de una familia, toma de ella savia y desarrolla en ella sus fuerzas; pero cuando llega a la plenitud, a la mayor edad, se independiza para actuar conforme a los propósitos, al programa, al plan que se ha formado. Sólo así puede cumplir su misión sin que nadie venga a torcer la línea de su marcha. Porque cualquiera inconsecuencia podría serle fatal...

P. Aylwin A.

Julio de 1928 -

"Adelante" -

Entes todo el mismo mes, por Williams
mi y Medina -